

aspiraciones presidenciales que se vieron frustradas tras la muerte de su candidato y la posterior acción de Figueroa Alcorta.

En el penúltimo capítulo, Barba analiza las alternativas que llevaron al nacimiento del Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires, el que con la abstención de la UCR y la desaparición del mitrismo se convirtió en el árbitro de la política bonaerense. El regreso de Ugarte a la actividad política y las características particulares de la ley electoral provincial, que en varios aspectos difería de la Ley Saenz Peña, impidieron que la oposición actuara contra la hegemonía ugartista. Esa hegemonía terminó dividiendo al Partido Conservador en “principistas” y “provincialistas”. Luego ambas ramas se disolvieron. En 1914 Ugarte volvió a la gobernación de la provincia. El triunfo del radicalismo en las elecciones presidenciales de 1916 dio por tierra con el poder del gobernador bonaerense, que hubo de abandonar su bastión ante la intervención enviada por el Poder Ejecutivo nacional. Esta intervención ponía fin a una época en la que las prácticas políticas habían asegurado la primacía absoluta del partido conservador.

La obra ofrece una narración –a veces interesante y otras un tanto tediosa– de las alternativas de la política provincial y del desempeño de los partidos locales en las elecciones provinciales y nacionales, las prácticas electorales y los cambiantes acuerdos interpartidarios pero no aporta ninguna explicación novedosa que modifique las interpretaciones, existentes ni tampoco agrega nuevas fuentes documentales. La bibliografía consultada está poco actualizada y deja de lado los últimos aportes en la materia. La investigación se ha basado principalmente en el análisis de periódicos provinciales y nacionales del período estudiado y en los Diarios de Sesiones de la Cámara de Diputados y Senadores de la Provincia y de la Cámara de Senadores de la Nación.

ELENA T. PIÑEIRO

HEBE JUDITH BLASI. *Dardo Rocha. Un exponente de la generación de 1880*, Buenos Aires, Dunken, 271 pp.

A través de una reconstrucción minuciosa sobre la vida de Dardo Rocha, la historiadora Hebe Blasi se propone iluminar su personalidad no sólo como un exponente de la generación de 1880, sino también como una figura histórica que resume en sí misma determinados problemas de la sociedad y la cultura de su época. Su obra está signada por la defensa de un sistema que lleva al país por el camino del progreso y el orden tanto desde su actuación en la función pública como en toda su vida de militante activo.

En las últimas décadas el área de estudios vinculada a las biografías ha adquirido una importancia creciente. Éste no es un fenómeno exclusivo de la

Argentina, sino que es un proceso que, con las características propias de cada caso nacional y con ritmos diferentes, se ha desarrollado en la mayor parte de las historiografías occidentales. Sin embargo, una de las ausencias más destacadas era una investigación sobre la figura y la obra de Dardo Rocha.

A través de su estudio, la autora llena este vacío historiográfico y lo presenta no sólo como el fundador de la ciudad de La Plata, hecho ampliamente difundido, sino actuando en varios roles en la organización y consolidación del país: legislador, diplomático, rector universitario, activo militante político y profesional.

La indagación de Blasi recorre varios andariveles que la conducen, por un lado, a presentar en el contexto histórico diversas claves que facilitan la comprensión del proceso por el cual Rocha se erige como un importante protagonista de la década de 1880 trabajando activamente tanto en el orden político y administrativo como en el cultural y educativo. Por otro, a estructurar el estudio en cuatro partes.

En la primera parte reconstruyen la niñez y adolescencia de Rocha: sus primeras incursiones periodísticas, políticas y militares, sus inicios en el derecho y su militancia en las filas del autonomismo liderado por Valentín Alsina. Paralelamente, analiza aquellas doctrinas y métodos que influyen en la ideología y el accionar de Rocha.

Asiduo lector de Tocqueville, Rocha toma la idea de soberanía popular para juzgar la importancia del federalismo, pues busca unir la nación y las entidades que la componen, y rechaza la premisa de Alberdi acerca de los antecedentes federativos coloniales existentes en el Río de la Plata. Tampoco es partidario de la tajante división sarmientina entre civilización y barbarie, pues a su juicio no profundiza en la raíz del problema.

Recursos, población y condiciones sociales son los tres elementos que Rocha considera indispensables para edificar un Estado moderno basado en el orden y progreso. A esto se abocará a través de las diversas actividades que ejerce en el orden público.

En la segunda parte, Blasi analiza la labor de político y legislador desarrollada por Rocha. Desde su actuación como diputado y senador, representando al autonomismo, participa en los debates más importantes que tienen lugar en las décadas de 1870 y 1880: federalización de la ciudad de Buenos Aires, reforma electoral, instalación de escuelas normales de profesores en la capital de cada provincia, inmigración y colonización, entre otras.

Paralelamente, la autora explica en detalle las tesis de Rocha en materia económica. En un país donde circulan diversas monedas que provocan un grave desorden cambiario, es normal que Rocha se presente a favor de la creación de una moneda nacional para no incurrir en las fluctuaciones de la

política fiduciaria. Asimismo, siguiendo las teorías de List y Craey, integra junto a Pellegrini la denominada “escuela proteccionista”.

Hasta aquí, por medio de un exhaustivo análisis, Hebe Blasi aborda la figura de Rocha a través de las diversas profesiones que ejerce, lo cual no sólo le permite al lector conocer otras aristas de su personalidad sino comprender también el proceso político generado a partir de 1880.

La tercera parte trata sobre su actuación como gobernador de la provincia de Buenos Aires. Si bien su tarea es vasta y compleja, dentro de su actuación se destaca la fundación de la ciudad de La Plata, cuya piedra fundamental se coloca en 1882. En la nueva capital pronto se fundan el Observatorio Astronómico, la Biblioteca Pública, el Museo y la Universidad, de la que es elegido rector en 1897.

Finalmente, la autora se aboca al análisis de los últimos años de la vida de Rocha y se centra primeramente, en la campaña electoral para la presidencia de la República de 1886 y en la cual se enfrenta con Bernardo de Irigoyen, Benjamín Victorica y Juárez Celman. Bajo el lema “patria y libertad” busca alianzas con los poderes políticos del interior. Sin embargo, con el triunfo de Juárez Celman debe enfrentarse a un autonomismo dividido y también a la pérdida de control de la provincia de Buenos Aires.

Por otro lado, Blasi pone el énfasis en las misiones diplomáticas en las que participa Rocha: en 1875, ante Paraguay; y en 1895 y 1911 frente al gobierno de Bolivia. En las tres oportunidades es interesante analizar las conversaciones y negociaciones entabladas, pues permiten abordar su personalidad desde otra perspectiva.

La lectura de la tercera y la última parte es productiva no sólo por la recreación sin fisuras de la actividad desarrollada por Dardo Rocha hasta su muerte –6 de septiembre de 1921–, que le permite jugar a lo largo de su vida diversos roles protagónicos en momentos esenciales en la organización y consolidación del Estado argentino, sino también por la profusión de datos que revelan la precisión erudita de la autora.

Con rigor académico, la autora establece una trama compleja de los factores coadyuvantes a la comprensión global de la actuación de Dardo Rocha, vinculando permanentemente su obra con la realidad social, política, cultural y económica de la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX. Hay en este sentido aportes inéditos de gran valía.

De esta manera, a través del análisis de la biografía de Dardo Rocha, Hebe Blasi tiene el mérito de llenar un vacío historiográfico y, además, de presentar de manera clara y amena las claves que facilitan la comprensión de la historia política argentina que inaugura la generación de 1880.

MARÍA FERNANDA DE LA ROSA